

CONOCIENDO

» AL AMIGO «

ALZHEIMER



El Alzheimer es una enfermedad conocida, aunque a veces algunos lo confunden con el Parkinson. Y, de igual manera, pocas personas comprenden su forma de actuar y, más aun, cómo es convivir con esto. Cuando en la familia nos enteramos de que mi abuelo Mario tenía mal de Alzheimer, algunos de sus hermanos ya padecían de la compañía de ese nuevo amigo: ese olvidadizo que impide recordar hasta el lugar que habitamos y el nombre de nuestros seres queridos.

Mario es el ser más amado de la familia: siempre fue un hombre trabajador que se esforzó por llevar el pan a la mesa. Con el tiempo se retiró y empezó a disfrutar de la vida familiar. Es una lástima que Alzheimer entrara en su vida y empezara a estorbar.

El abuelo siempre hace parte de todas las reuniones que hacemos en la familia, aunque en realidad algo nos dice que tal vez no recuerde todo lo que sucede. Por eso, cada vez que lo visito me pregunta las mismas cosas, cada 5 minutos... y yo le respondo, vez por vez, las mismas frases, con mucho amor.

Al principio, conocer a Alzheimer fue difícil para todos. Recuerdo que fue para la época en que mi prima Mariana nació. En el hospital, mi papá me dijo que el abuelo estaba cansado y me pidió que lo llevara a su casa. En el carro, Alzheimer me preguntó muchas cosas: que cuándo me iba de viaje de nuevo, pese a que llevaba



ya un año viviendo en la ciudad; más de cuatro veces me preguntó cómo me iba en la universidad; otras tantas me preguntó por mi mamá, hasta que se cansó de extraer esa información tan volátil y el silencioso Mario se fue quedando aparentemente más tranquilo.

Luego de llegar a mi casa, sentí el peso de una pared de concreto que la realidad había hecho caer sobre mí. Que te hablen del amigo Alzheimer no es lo mismo que asistir a su presencia y mucho menos percatarse de que se ha instalado en la vida de una persona cercana. Inmediatamente se me heló la piel y una lluvia de lágrimas empezó a caer, silenciosas como el abuelo. No entendía nada, no entendía por qué: sólo quería convencerme que Freud me jugaba una mala pasada y que esto era un sueño, pese a que la realidad era obvia ante los ojos de cualquiera.

Es difícil acompañar la vida de una persona que al mismo tiempo está y no está. Por ejemplo, contarle cosas que tal vez no recordará. Mario siempre ha sido de contar relatos agradables, de hacer chistes, así que procuramos hacerlo reír cuando estamos con él. También debemos olvidar que nos ha preguntado algo y volvérselo a responder, como si fuera la primera vez que se interroga por ello, y si olvida algo que debería saber, preferimos darle pistas para que lo recuerde.

Los días de Mario y su nuevo amigo son muy rutinarios. Debe comer 3 veces al día y tomar sus

medicamentos. Siempre debe estar con alguien que cuide de él y esté pendiente de lo que hace. A veces la tristeza de olvidar a sus familiares o de perder lugares especiales del pasado hace que se vuelva necio o que la depresión aparezca. El médico nos dice que es normal, que eso suele suceder.

Es muy triste ver que alguien a quien amas se va desvaneciendo como el tiempo en las manecillas del reloj. Pero es peor saber que seguirá vivo por muchos años, sin recordarnos. Él mismo nos dice: “Aprovéchenme ahora que estoy lúcido, porque esto avanza y el día de mañana ya no me acordaré de ustedes”. En un futuro quizás me confunda con mi madre o, aún peor, no tenga con quién confundirnos.

Ese Alzheimer que acompaña a mi abuelo Mario es un amigo muy difícil, pero nos hemos tenido que adaptar a él y aprendimos a tolerar su presencia. Con el tiempo, sólo quedará el recuerdo de lo que fue Mario y lo que ha hecho Alzheimer. De eso estamos seguros todos en la familia. Y como parece que su interés por visitar a las personas tiene mucho de genético, no sólo los hermanos del abuelo han sentido su presencia, sino que mi padre empieza a temer su llegada, con sus constantes olvidos y con la confusión repentina que por instantes no le permite reconocer lo que sucede.

La vida siempre nos enseña, y mucho, pero a veces nos hace aprender cosas que no queremos,

como vivir con quienes no saben que son tus familiares, ni recuerdan que alguna vez lo fueron. Eso nos exige conservar nuestro pasado como una joya valiosísima. Porque los recuerdos de lo que fuimos nos hacen saber quiénes somos. Lastimosamente, Alzheimer diluye el pasado de aquellos a quienes visita y los sume en un no-presente. En nosotros está brindar nuestra presencia, sin importar que para ellos hayamos dejado de ser sus nietos, sus hijos o sus amigos.



» DIANA GAVIRIA «

Está terminando la carrera de Comunicación en la Pontificia Universidad Javeriana. Ha viajado por medio mundo y alguna vez llegó a cursar una electiva en Icesi por esas carambolas del destino. Su trabajo de grado documenta la importancia de los lugares en los recuerdos de los ancianos, por lo que ha recorrido con Mario el Cali Viejo, dándole guerra a Alzheimer.

Ilustración: Natalia Ayala Pacini
/ nataliaayalabp@gmail.com